

COORDINACIÓN Y ANIMACIÓN DEL MINISTERIO PARROQUIAL JESUITA EN AMÉRICA LATINA

EL PROCESO VIVIDO Y SUS DESAFÍOS

Roberto Oliveros, S.J.

Párroco

Parroquia S. José y Nstra. Sra. de los Remedios

Plátano y Cacao, Tabasco, México

En estas líneas, y como el título de esta colaboración lo indica, procuraré presentarles mi experiencia, en sus rasgos centrales, respecto a la coordinación y animación del ministerio parroquial jesuita en América Latina., la cual viví de Julio del 2001 al 9 de Septiembre del 2007. En esta última fecha entregué la estafeta al P. Alvaro Quiroz Magaña, también jesuita mexicano. La presentación la haré en forma de “narración” y en ella, dada la abundancia de temas y experiencias vividas en estos años, sólo destacaré algunas que me parecen más significativas.

Coyuntura de este servicio en la Compañía de Jesús

A todos los que entramos a la Compañía antes de la CG 31(1965-6), se nos hacía saber el pensamiento de Ignacio que el asumir parroquias no era conforme a nuestro modo de proceder en la misión y las razones de ello. Una de esas razones era que frecuentemente el nombramiento de párroco era de por vida, lo cual debilitaba grandemente la agilidad de la caballería ligera querida por nuestro fundador.

Además de los profundos cambios sociales propios de la época moderna, la renovación impulsada y deseada por el Vaticano II influyó fuertemente en la CG 31 en su determinación de modificar la Constitución de la Compañía en lo referente a la aceptación de parroquias. Estas se podrían

recibir si el P. General consideraba que las circunstancias de las mismas eran conforme a las prioridades y modo nuestro de proceder en la misión.

En obediencia discerniente a la CG 31, el P. Arrupe aceptó un buen número de parroquias y en 1979 nos ofreció las directrices para la vida y misión en ellas, conforme a nuestro carisma. El P. Kolvenbach confirmó tales orientaciones y continuó ampliando el servicio jesuita en el apostolado parroquial.

Como nos es sabido, es la CG 34 (1995), la primera que dedica un decreto propio al apostolado parroquial. En este decreto se refuerza que, bajo ciertas circunstancias, es propio de la Compañía el ministerio en la parroquia y se ofrecen orientaciones sobre los aspectos que se deben subrayar en nuestro servicio y que debemos ofrecer un aporte relevante en él así como la adecuada formación para el mismo.

Es oportuno hacer memoria que desde sus orígenes, la única misión de la Compañía se ha vivido en una rica diversidad, la cual sin embargo se puede sistematizar en tres grandes cauces: alimentar nuestra fe y vida cristiana con la espiritualidad ignaciana, contribuir a la educación cristiana principalmente de los jóvenes, y la evangelización directa. En este cauce

*bajo ciertas circunstancias,
es propio de la Compañía
el ministerio en la parroquia*

encontramos la rica y amplia tradición misionera y evangelizadora jesuita, representada por Javier, Ricci, Kino, Roque González, etc., la cual, dadas las nuevas circunstancias socio-eclesiales ha tomado una vertiente inesperada, propia de la libertad y sorpresas que nos da el Espíritu. Y en

el hoy se continúa preferentemente por esos más de 2000 misioneros jesuitas que sirven a tantos y diferentes pueblos e Iglesias locales en las parroquias jesuitas.

A partir del Vaticano II y la CG 31, el crecimiento de la presencia jesuita en las parroquias, preferentemente en medios populares, y los desafíos que esta nueva forma del servicio misionero jesuita en la evangelización directa implicaban para la Compañía en América Latina motivaron a los Provinciales latinoamericanos a que en el año de 1998 pidieran a los coordinadores o delegados provinciales del apostolado parroquial que elaboraran un perfil de lo que debía ser una parroquia jesuita en Latinoamérica. En el año 1999 se reunieron dichos responsables por asistencias y trabajaron unas pistas de por dónde podría ir dicho perfil

pedido. Al año siguiente, ya auspiciada por la recién nacida CPAL (Conferencia de Provinciales de América Latina), se reunieron en Cochabamba los delegados de ambas asistencias y trabajaron un buen documento de trabajo, para las parroquias jesuitas, sistematizado por Jorge Villalpando, S.J..

¿Qué desea el Señor de los misioneros jesuitas en las parroquias confiadas a la Compañía en A.L.?

En ese primer encuentro latinoamericano de representantes provinciales del apostolado parroquial realizado en Cochabamba se programó que el siguiente encuentro se realizaría en la ciudad de México, del 2 al 7 de Julio del 2001. El tema central de dicho encuentro fue evaluar la forma como se iba recibiendo y poniendo en práctica el documento de trabajo emanado de Cochabamba. En el encuentro de México se presentaron y trabajaron valiosas pistas para enriquecer nuestro proyecto o perfil de parroquia jesuita en América Latina.

Desde las primeras entrevistas con el P. Francisco Ivern, S.J., primer presidente de la CPAL, y en las reuniones del equipo de servicio me confirmaron y alentaron a centrar mis esfuerzos en reelaborar y pulir el perfil o proyecto de parroquia jesuita en América Latina. O sea, qué tipo de parroquia, debemos tener en nuestros respectivos lugares y culturas. La buena comunicación con el presidente, con los Provinciales y el equipo central de la CPAL, me fueron y son fundamentales para realizar esa misión y servicio de coordinador latinoamericano del apostolado parroquial.

A mi llegada a Río de Janeiro, inicié la reelaboración del perfil de parroquia jesuita en A.L., a la luz de las indicaciones trabajadas en México, los iluminadores señalamientos realizados por el equipo central de la CPAL para este trabajo y las atinadas orientaciones de la Compañía para este ministerio que, dada la novedad del tema, no son muy abundantes.

Es conveniente destacar que a nuestro equipo de la CPAL le pareció desde el inicio que podría ser un aporte muy valioso el que lográbamos

*¿qué tipo de parroquia,
debemos tener en
nuestros respectivos
lugares y culturas?*

elaborar un proyecto de parroquia SJ que viniera a clarificar y responder qué nos pide el Señor y la Iglesia en el hoy de A.L. en ese apostolado.

Así pues, en ambiente de consolación, las mociones y luces no dejaron dudas que como coordinador latinoamericano primeramente debía centrarme en el contribuir a lograr ese diseño. A las naturales dudas e interrogantes concretas sobre qué implicaba y cuál sería mi trabajo como primer coordinador latinoamericano del apostolado parroquial, experimenté que el Señor por su Espíritu me tomó de su mano y me fue orientando y haciendo gustar lo que quería de mí, en medio de las ordinarias dificultades de este tipo de servicios.

En obediencia al espíritu y su iglesia

Dada la naturaleza y alcance que podía tener el documento que se estaba elaborando desde 1998, apareció obvio que se debía incentivar y facilitar más la participación activa y discerniente del conjunto de los compañeros SJ del sector en esta tarea. Y para lograr esto había surgido recientemente un medio muy eficaz: la comunicación por internet y el correo electrónico. Por este medio, a finales del 2001, envié a los compañeros que contaban con correo electrónico un primer borrador del perfil de parroquia SJ, que asumía ya las indicaciones críticas ofrecidas en México, las del equipo de la CPAL, particularmente del P. Ivern, y las que surgían de mi propia experiencia pastoral y teológica.

Esta tarea ayudó también a ir forjando una fraterna y apostólica relación con los compañeros jesuitas del sector, en particular con los coordinadores o delegados provinciales y regionales. Con ellos fuimos construyendo un buen equipo apostólico.

Aunque no muy abundantes, empecé a recibir reacciones y sugerencias a dicho borrador de buena parte de las Provincias de la región, lo cual me fue consolador, pues representaba la latinoamericanidad que debía caracterizarlo. En pocas ocasiones algunas observaciones se contradecían. La mayor proporción de las colaboraciones ofrecieron buenas observaciones, ya sea a los temas del posible documento, o a aspectos más bien literarios.

Ayudado de dichas observaciones reelaboré el borrador del posible documento y por abril del 2002 lo reenvié por correo electrónico, primeramente a los coordinadores o delegados provinciales y a la incipiente

red de parroquias latinoamericanas para que lo fueran estudiando críticamente en las Provincias. El fruto de dicho estudio y las observaciones que se hicieran, se recogerían y trabajarían en el III encuentro del sector, a realizarse en Recife, Brasil, en Julio del 2002, conforme se había programado en el anterior encuentro efectuado en México.

El estudio y observaciones en las diversas Provincias y Regiones que componen la CPAL iba suscitando otro muy buen fruto: el que todos se sintieran estimados y tomados en cuenta con la consiguiente unión en la misión de la Compañía en este apostolado. En la práctica y sin pretenderlo, esto venía a responder a la inquietud que algunos sentían de que el trabajo en parroquia no era debidamente considerado y valorado por compañeros jesuitas en otros apostolados.

Los que participamos en el encuentro de Recife lo recordamos marcado por claras mociones de desolación y otras de consolación, lo cual ayudó grandemente a purificar nuestro trabajo. Y para iluminar este, particularmente en lo referente a algunos rasgos de nuestra espiritualidad ignaciana y eclesiológicos en el documento, fuimos ayudados por el buen teólogo P. Pedro Trigo S.J. Un momento fuerte y confirmante en este encuentro fue la Eucaristía que celebramos alrededor de la tumba de Dom Helder Câmara.

Con la incorporación de los aportes recibidos en el encuentro de Recife, re trabajé el borrador del documento y nuevamente lo circulé, primeramente a los coordinadores provinciales y regionales, y en seguida a toda la red de de parroquias jesuitas en A.L. En Recife, dicha red fue bautizada y confirmada como la RELAPAJ (Red latinoamericana de parroquias jesuitas). Las observaciones de los compañeros de la RELAPAJ a este borrador ya fueron muy pocas.

Esta última redacción también la circulé al equipo central o de servicio de la CPAL, e igualmente ya no se dieron mayores observaciones al mismo. Sin embargo, cabe destacar la valiosa sugerencia realizada por el secretario de la CPAL, el P. Luis Fernando Klein, muy apoyada por el P. Ivern, que el folleto o documento asumiera la tradición reciente de otros sectores y que por ello se titulara “Características de la parroquia jesuita en

el trabajo en parroquia no era debidamente considerado y valorado por compañeros jesuitas en otros apostolados

el hoy de América Latina”. Este fue aprobado en Septiembre de ese 2002 por el P. Ivern como presidente de la Conferencia de Provinciales latinoamericanos y editado como parte de la pequeña colección de la CPAL.

En el proceso discerniente vivido para llegar a la última redacción y aprobación fuimos iluminados por las opciones y orientaciones de las recientes Congregaciones Generales, así como las directrices señaladas para este apostolado por los Ps. Arrupe y Kolvenbach. Y también, de manera señalada, por la experiencia y testimonio de inspiradores compañeros en este apostolado. Baste mencionar como ejemplo de ellos al P. Rutilo Grande, S.J.

Así mismo, sigue siendo de mucha alegría y consolación que en este proyecto procuramos recoger la generosa acogida dada al Concilio Vaticano II y la valiosa experiencia y magisterio pastoral y espiritual de la Iglesia latinoamericana, como se expresó en las Conferencias de Medellín y Puebla. Por ello, consideramos que la búsqueda de la Compañía en la renovación del tipo de Iglesia que pretendemos con el proyecto de parroquia SJ, es un claro y sonoro SÍ al Espíritu y a estas Conferencias Episcopales y por ello a la Iglesia en Latinoamérica.

Esto vendría a ayudar en gran manera a que si bien habría cambio de personal en nuestras parroquias, conforme a nuestro modo de proceder, sin embargo el proyecto de la Compañía en la parroquia tendría continuidad. Y en cuanto a mí y la misión recibida, conté como coordinador latinoamericano con una meta y orientaciones que fundamentaran y guiaran mi servicio.

Con la publicación del documento “Las características de la Parroquia SJ”, respondimos a la atinada inquietud de nuestros Provinciales de ayudarlos a discernir qué modelo de comunidad eclesial parroquial nos pedía el Señor a los jesuitas que colaboráramos a impulsar. Pero en medio de esa alegría estaba el desafío de difundir y formar jesuitas para poner en práctica dicho modelo de parroquia jesuita. Pero, ¿cómo animar y coordinar dicho proyecto?

Llevar y compartir esa buena noticia

El documento se difundió rápidamente a las Provincias y coordinadores del sector, gracias al apoyo decidido de los Provinciales y Superiores Regionales, que en su 6ª Asamblea de la CPAL, acogieron muy

favorablemente y respaldaron su difusión. Sin embargo, dicha difusión no llegó tan rápidamente a todos los equipos parroquiales y consecuentemente su estudio y el asumirlo en la práctica. Ese era el desafío que se presentaba.

Como bien sabemos, en ocasiones acontece que se logra un buen documento, pero no se difunde adecuadamente. En el servicio de la coordinación viví esas semanas con la consolación del aprecio y buenas reacciones al trabajo realizado. Pero conjuntamente estaba el reto de que filtrara a los equipos parroquiales.

En la primera reunión del equipo de servicio de la CPAL – marzo del 2003 – les presenté a los compañeros un planecito para contribuir a la asimilación del proyecto de parroquia en A.L., de la Compañía. En rasgos generales este se centraba en que yo fuera programando y realizando talleres de trabajo en cada Provincia y Región que conforman la CPAL. Varias circunstancias no favorecían ese modo de trabajo, de manera que fue rechazado. ¿Qué hacer? Estaba como un campesino que logró una buena cosecha de sandías, pero no las puede vender.

Sin embargo, otra pista de trabajo que yo consideraba más complicada encontró buen eco. Esta estaba vertebrada en favorecer un espacio de formación para jesuitas del sector y donde se podría profundizar y socializar latinoamericanamente el modo de ser Iglesia impulsado por nuestro proyecto de parroquia SJ. Me puse a trabajar en el diseño de este espacio, para presentarlo a los Provinciales en la 7ª. Asamblea de la CPAL, que se celebraría en San Salvador. Mis patrones para este pequeño asunto eran grandes: Don Arnulfo Romero y Rutilo Grande.

A mi llegada a San Salvador, el Provincial, Chepe Idiáquez me dio una muy festiva y fraterna bienvenida, en verdad inmerecida, pero que fue manifestación y señal que el nuevo paso que sugeriría para el apostolado parroquial sería bien recibido. En los minutos que se destinaban en la Asamblea de la CPAL a escuchar a los coordinadores de sector, presenté esquemáticamente las ventajas que tendría el abrir un espacio para la formación de los jesuitas que se destinaran o ya trabajaran en el sector, pues como es propio de la Compañía, también en este apostolado se nos pide que ofrezcamos un aporte relevante en el mismo. Y que dada la novedad de asumir parroquias en la Compañía no se tenía organizados espacios que facilitaran la formación de los jesuitas para este ministerio.

Después de presentar a los Provinciales las bondades y necesidad de abrir un espacio de formación, con cierta picardía les pregunté qué tipo

de espacio de formación preferirían: uno era intensivo, en tres semanas, y el otro más amplio, en cuatro meses. Dadas las circunstancias de nuestras Provincias en América Latina, no es difícil imaginar que se haya preferido el espacio de tres semanas. Es más, algunos Provinciales me comunicaron que enviarían a algún compañero.

De manera que al concluir San Salvador, salí dando gracias al Señor que se aprobaba en la Compañía de Jesús un espacio de formación propio y adecuado para profundizar nuestro proyecto de parroquia SJ y el modo de ser Iglesia recogido y preferenciado en él. Pero a su vez, salí con el desafío de lograr diseñar un buen taller de formación en tres semanas.

En la esmeralda de América

En el equipo permanente de la CPAL consideramos que Bogotá era el lugar muy conveniente para este taller no sólo por su centralidad en América Latina – lo cual abarataba los costos – sino también y muy señaladamente por el destacado grupo de especialistas y asesores en varios campos, con los que podríamos contar para respaldar la óptima calidad que debería tener el taller. En ese momento, el Provincial de Colombia era el P. Horacio Arango, el cual con gusto y eficacia respaldó el proyecto y puso a disposición los medios de infraestructura de la Provincia, lo cual fue continuado, poco después, por su sucesor el P. Gabriel Ignacio Rodríguez.

Los meses siguientes fueron el ir armando y puliendo el esquema del taller: desde el objetivo general del mismo, el objetivo para cada día, hasta el horario conforme a los ritmos de trabajo colombianos. En este armar y pulir venía siendo ayudado por los delegados o coordinadores provinciales y regionales. Rápidamente se consensó que el taller debería tener tres momentos, conforme al método pastoral ordinario en Latinoamérica: el primero, conocer nuestra realidad, tanto personal, como de nuestros proyectos en un país e Iglesia Local determinada. El segundo presentar, iluminar y discernir la parroquia jesuita en el hoy de América Latina. Y el tercero encaminado a sistematizar, en trabajo personal, los momentos anteriores con miras a ponerlo en práctica en la situación concreta de cada uno de los participantes.

El cuarto Encuentro Latinoamericano de los coordinadores del apostolado parroquial, celebrado en Honduras, facilitó que en este se dieran

las últimas y valiosas observaciones y sugerencias al bosquejo del taller de formación que se realizaría en breve.

En Febrero de ese 2004, los 14 participantes, provenientes de ocho Provincias y 2 Regiones, y este servidor vivimos el primer taller de formación en la pastoral parroquial SJ.

El resultado del taller, debo confesar, fue bastante más exitoso de lo que esperaba, de manera que los principales comunicadores de la bondad del mismo, fueron y han sido los que participaron en él. Primero Dios, pero también considero también muy decisivo para el muy buen resultado, los excelentes aportes y testimonio de los asesores que tuvimos y tenemos en el taller. Se hizo notar, sin embargo, que la intensidad del taller había sido un poco agotadora y que se debería dar más tiempos para la asimilación suficientemente reposada del mismo.

La alegría y consolación al final del taller era sentida. Comparto algunos rasgos de esta común consolación: uno de ellos es que experimentamos – por ser los participantes de diferentes países, edades y procesos – y gozamos que la Compañía es Cuerpo apostólico universal que trasciende las fronteras de Provincias y Regiones. Otro rasgo, que la misión única de la Compañía tiene ricas vertientes y estupendos compañeros en ellas, como constatamos en obras y personas de la Provincia Colombiana.

Y así otros muchos buenos frutos ha ido dejando el taller, pero destaca entre todos el que los participantes profundizaron y salieron con claridad y entusiasmo a poner en práctica el proyecto de parroquia de la Compañía en América Latina. Además, tomaron mayor conciencia de que la misión en la parroquia SJ no es un apostolado tangencial o supletorio en la Compañía postvaticana, sino algo bien propio y que tiene su raíz y le da continuidad en el hoy, a la evangelización directa, principalmente entre los pobres y marginados, tan estimada por Ignacio, como aparece en la fórmula del Instituto, y que tanto gozo le dio lo vivido por Javier.

En la bella y valiosa “esmeralda de América”, – como se denomina a Colombia, – se ha seguido realizando anualmente este taller con resultados bastante positivos. Más de 70 compañeros han pasado por ellos y van ayudando a formar un núcleo sólido en nuestro sector parroquial. Este hecho ha repercutido en que los encuentros latinoamericanos vayan siendo momentos fuertes de vida fraterna y misionera. Es de notar que en Latinoamérica, de las comunidades jesuitas insertas en medio populares, el 70% de las mismas corresponde a comunidades de las parroquias SJ.

Aunque este espacio de formación en la pastoral parroquial, a mediados del 2005 estaba en sus primeras experiencias, sin embargo estaba dejando sentir también un influjo positivo en grupos eclesiales que fueron teniendo conocimiento del mismo. Es más, algunos agentes de pastoral preguntaban si era posible para los no jesuitas participar en ellos. Y nuevamente, se mezclaron la alegría y consolación que sentía de constatar el buen resultado de ese espacio para la formación de los jesuitas enviados a las parroquias SJ, y además lo satisfechos que estaban los Provinciales con contar con ese servicio, con el desafío de participar esa riqueza con otros agentes de la pastoral que lo deseaban.

Al servicio de la renovación eclesial

Ese mínimo taller de tres semanas que en el 2005 contó con la participación de 24 compañeros, provenientes de 12 Provincias, contó nuevamente con el apoyo del Centro de Espiritualidad, del Centro de estudios sociales, la Casa de la Juventud, las parroquias y Casas de formación de Bogotá, y también con la Universidad Javeriana, los cuales en verdad que han sido y son manantial de fraternidad y sabiduría. Esta valiosa sinergia nos ayudó y sigue ayudando a los jesuitas participantes a experimentar que somos un Cuerpo Apostólico y que en sus diversos apostolados florecen eximios jesuitas.

Dada la extensión geográfica de América Latina y la necesidad de seguir facilitando nuestra comunicación y alimentación pastoral, se vió la conveniencia de conseguir una página web del apostolado parroquial en A.L. Esta petición fue también acogida favorablemente por los Provinciales y a finales del 2005 se empezó a operativizar, al interior del recién formado portal de la CPAL. De esa manera, desde entonces, en el sector contamos con ese valioso instrumento.

La inquietud de cómo ayudar a que se extendiera este espacio formativo a otros sacerdotes, religiosas y laicos que lo solicitaban, encontró un posible cauce en unir nuestras pequeñas fuerzas a las de la Universidad Javeriana y algunas otras que tenemos en la Compañía en diversos países de A.L. El decano de Teología, el P. Victor Martínez S.J. se mostró interesado y ayudó decisivamente para abrir camino y llevar a buen fin ese desafío. El medio institucional que encontramos fue que se ofreciera por parte de la Javeriana como un **diplomado** en pastoral parroquial latinoamericana.

De este modo se ofreció y realizó el primer diplomado en su forma “extensiva” durante el segundo semestre del 2006, el cual fue coordinado por el P. Alejandro Londoño S.J.. Y seguía la otra forma que era la “intensiva”, en las clásicas tres semanas. Este último modo interesó a la articulación latinoamericana de las CEB, con las cuales se convino que los participantes fueran los que nos indicaran.

De acuerdo y conforme las normas de la Universidad Javeriana se ofreció y realizó en Octubre del 2006, en el cual ofrecí el servicio de coordinación. En dicha forma “intensiva”, los participantes fueron 24. Curiosamente y sin pretenderlo 6 eran sacerdotes diocesanos, 6 religiosas, 6 laicos y 6 laicas. Como se ve, muy buena equidad de género y eclesial. Gracias a Dios el diplomado ofrecido, inspirado en buena parte en el trabajado con jesuitas, también fue de mucho provecho; de tal forma que los más críticos del grupo señalaron que habían sacado mucho más fruto de lo que habían pensado.

Estas experiencias positivas y la buena disposición de las universidades jesuitas latinoamericanas abrían un buen cauce para ayudar al servicio de la renovación eclesial en el espíritu del Vaticano II. Ahora bien, a finales del 2006 vimos conveniente no acelerar este diplomado, pues en Mayo del 2007 se realizaría la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano en Aparecida y relativamente poco después, la CG 35.

Casi todo el equipo permanente de la CPAL estuvimos en la Conferencia de Aparecida. En esta ocasión, mi participación, entre otros factores, tuvo un sabor y aporte especial que brotaba de la rica experiencia espiritual y pastoral del proceso de renovación eclesial que estábamos impulsando y viviendo en las parroquias confiadas a la Compañía. Esta experiencia me llenó de paz y firmeza, en medio de las vicisitudes y sobresaltos que tan frecuentemente se viven en esos acontecimientos eclesiales.

En general, la Conferencia de Aparecida confirmó y relanzó el camino asumido por la Compañía en el apostolado parroquial. En su capítulo

en Latinoamérica, de las comunidades jesuitas insertas en medio popular, el 70% de las mismas corresponde a comunidades de las parroquias SJ

quinto, donde se habla de la parroquia, se indica que la misma está llamada a ser una comunidad de comunidades; poco después se recupera la riqueza teológica y pastoral de las CEBs, y como todo el conjunto de la V Conferencia se impulsa la dimensión misionera de la vida cristiana. Y finalmente en el capítulo octavo, su dimensión solidaria.

Así pues, el respaldo de este nivel de magisterio latinoamericano a las grandes opciones y características del proyecto de parroquia SJ en A.L., me ha sido de mucha consolación. Así mismo, un significativo grupo de compañeros de la RELAPAJ me han manifestado su grata sorpresa delante del resultado de la Conferencia de Aparecida y muy en concreto sobre la parroquia. Y con justicia se preguntaban si nuestro esfuerzo habría ayudado a ese buen resultado y cooperado así a la renovación eclesial, para que nuestra Iglesia sea más próxima a la Iglesia que Jesús quiere.

En las manos del Señor Jesús, en su Compañía

Puesto que en Julio del 2007 cumplía seis años como coordinador latinoamericano y según los estatutos ese era el plazo ordinario para ese servicio, desde mediados del año 2006 el P. Cavassa me invitó muy fraternalmente a que considerara si no convendría alargar mi servicio.

Las mociones que sentí del Señor a lo largo de varios meses fueron claras en que debía concluir mi servicio en el plazo ordinario indicado por los estatutos, y que encierran una buena sabiduría: favorecer la continuidad, pero también la fresca y juvenil creatividad. Así pues, en la Asamblea de finales del 2006, se puso a consideración mi relevo y en la siguiente de abril del 2007 se nombró al P. Alvaro Quiroz para asumir la coordinación latinoamericana del apostolado parroquial, en Septiembre de dicho año. Dada la calidad espiritual, humana y pastoral de Alvaro, me fue de mucho descanso el dejar en mejores manos este bello y solidario servicio al Señor y los pobres.

Y sin moción alguna previa, el año 2007 se abrió con una inesperada y muy consoladora sorpresa. Recibí por correo electrónico la convocatoria a participar en Roma, del primer encuentro a nivel mundial de los representantes o coordinadores del apostolado parroquial, por asistencia. El convocador y organizador era el P. Eddie Mercieca, con la anuencia del P. General. Además de la riqueza del compartir nuestros procesos en la

pastoral parroquial SJ, se ofrecerían aportes que pudieran ayudar a los participantes de la CG 35 en nuestro campo de trabajo. De América Latina se nos asignaron 3 lugares. Al conjunto de los coordinadores provinciales les pareció que debería acompañarme Jorge Crovara de Uruguay, asistente del coordinador latinoamericano y Larry Searles, de la región de Puerto Rico.

A lo largo de ese último año, y como se había logrado desde el 2004, por medio del correo electrónico seguía teniendo buena comunicación con todas las parroquias de la RELAPAJ, así como por la página web. De esa manera seguía compartiendo los hechos y dichos significativos del sector y recibía animadoras reacciones a esas comunicaciones. Si comparaba al inicio del servicio, me resultaba fácil percibir que se habían dado buenos pasos en la interrelación fraterna y apostólica de las 181 parroquias jesuitas en A.L. Y dado nuestro modo de ser misionero ahora estábamos bien relacionadas y trabajando fervorosamente vertebrados en un buen proyecto de parroquia SJ.

la Conferencia de Aparecida [...] tuvo un aporte especial para el proceso de renovación eclesial que estábamos impulsando y viviendo en las parroquias confiadas a la Compañía

Y así, aunque el pulir los materiales que íbamos a presentar en Roma del 8 al 15 de setiembre llevó su dosis de preocupación, lo dominante me resultaba la gracia tan especialísima que era el aprecio y estímulo que significaba el encuentro en Roma para los misioneros jesuitas enviados a las parroquias confiadas a la Compañía por toda la faz de la Tierra.

El encuentro de Roma fue en verdad de mucho provecho y consolación. Los primeros días, además del gusto de conocernos, fue el tomar conciencia de la magnitud del apostolado parroquial de la Compañía por todos los continentes. Y la presencia amorosa y comprometida CON los pobres se da en buena parte en las parroquias SJ, pues la mayoría de ellas están situadas en ambientes populares. Y además la fuerza misionera que la Compañía continúa teniendo desde las parroquias jesuitas, en particular en el Asia.

Hacia el final de la etapa de nuestro intercambio de consideraciones sobre cómo podríamos vivir mejor en la Compañía el apostolado parroquial,

tuvimos durante la mañana la presencia del P. General Kolvenbach. A lo largo de esos días, Eddie Mercieca iba compartiendo con el P. General nuestros aportes, el cual los recibía con gran interés. Aunque a lo largo de esa semana, íbamos siendo invitados a comer con el P. General, por asistencias, el momento fuerte se dio en las palabras que nos dirigió. Nos subrayó el cómo el Espíritu ha guiado ese modo de servicio de cerca de 3000 jesuitas en las parroquias, y a su vez indicó los desafíos que tenemos en ellas para que este apostolado sea conforme a nuestro carisma y espiritualidad.

En medio de los pequeños inconvenientes del viaje de regreso a América, como el dormir en las salas de espera del aeropuerto, me dominaba en esas horas la alegría y gozo por los bellos y sólidos logros alcanzados en esos años en el apostolado parroquial en A.L., los cuales se vieron tan apreciados y confirmados en el encuentro de Roma. Pero a su vez, la impotencia de no saber y poder expresar de forma conveniente una inmensa acción de gracias a todos los compañeros jesuitas del apostolado parroquial en la querida América Latina y el Caribe y como es obvio de manera especialísima al Señor y María por tanta ayuda que me regalaron.

Y en ese vuelo de regreso de fin de una etapa, entre el hermoso cielo y nuestra apasionante Tierra, era también vuelo para el inicio de la nueva misión recibida en la parroquia popular situada en Plátano y Cacao, Tabasco. La esperaba con gusto...y con curiosidad: ¿por dónde me llevaría el Señor, junto con mis compañeros de misión, los próximos años?